

Reflexionado con Jeanne Chézard de Matel: Cuarto Domingo de Cuaresma A
Autobiografía 1 (232-234)

Selección de Texto: Hermana Mildred Truchard IWBS

Traducción al Inglés y comentario: Hermana M. Clare Underbrink IWBS

La meditación sobre el relato de Juan de la sanación del hombre ciego de nacimiento es parte de un pasaje más largo en la Autobiografía, en donde Jeanne expresa sus sentimientos abrumadores de ser agraciada por Dios y a la vez confrontándose con la oposición de los humanos. Ella prefiere confiar solo en Dios más que pensar demasiado en la experiencia de rechazo de los demás. Ella dice, “¡Señor, es suficiente: es demasiado, que tú comunicas conmigo tales delicias! (230) Ella se identifica con el hombre ciego de nacimiento quien ha tenido una experiencia bella de Jesús, y después es rechazado por los fariseos. Ella se dirige a Jesús:

El hombre ciego de nacimiento, a quien tú le diste la vista, fue echado fuera de la sinagoga porque te alabó. El respondió a aquellos, que de despecho, se mantuvieron ignorantes de tú ser eterno, tus dos admirables amorosos nacimientos, tu origen, y el lugar de donde viniste a visitarlos.

Dos admirables nacimientos a los cuales Jeanne se refiere son el nacimiento eterno del Hijo de Dios (“nacido del Padre antes de todo los siglos”), y el nacimiento natural de Jesús (nacido de María en la plenitud de los tiempos). Estos dos nacimientos son un motivo en los escritos de Jeanne al ir elaborando sobre la Encarnación, que ella ve en la mente de Dios antes de todo los siglos, aun no conocido a la humanidad hasta el nacimiento de Jesús.

El hombre ciego de nacimiento responde a lo que Jeanne ve como un rechazo terco a reconocer la presencia de Dios en otro ser humano. En el tiempo de Jesús, en el tiempo de Jeanne, en nuestro tiempo, podría ser asombroso que Dios hablara a través de alguien quienes los demás consideren indeseables. Jeanne cita en latín la respuesta del hombre:

“Esto es lo extraño, él me ha abierto los ojos y ustedes no entienden de dónde viene. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada” (Jn 9:30, 32-33).

Ahora, Jeanne va a su propia experiencia, que resuena con la de aquel hombre:

Señor, por ti, yo podría decir las mismas palabras a aquellos que se opusieron a tú gloria. Cuando me iluminaste por tus divinos esplendores, yo no sabía nada de tus luces, ni tus motivos que te hicieron inclinarte a darme esas gracias. Desde todas las edades, no se ha escuchado que le hayas dicho a alguien de tus bendiciones que lo ameritaba menos y era más indigna que yo.

Está claro que ella entiende que la gracia que Dios le da no viene por su propio mérito, y no la hace mejor que los demás. Los demás lo pueden interpretar como vanidad o presunción, sin embargo Jeanne encuentra consolación en la presencia permanente de Dios, aún en medio de las tribulaciones y rechazo:

Si no fueras Dios, de quien la sabiduría es bondad y de quien la bondad es esencial, quien goza de estas comunicaciones favorables con los pequeños, Tú no me complacerías de esa manera. Si yo les dijera estas maravillas, ellos dirían, así como los fariseos a la aclaración divina del hombre ciego, que yo deseo enseñarles. Porque soy mujer, tomarían estas enseñanzas como una señal de vanidad y ambición a ser la fundadora de una nueva Orden, por los cuales piensan que mi imaginación ha inventado estas ideas.

Ella está hablando de la oposición que ella experimenta cuando contesta el llamado de Dios a establecer la Orden religiosa que sería una “extensión de la Encarnación”. En su tiempo, era muy inusual que una mujer asumiera la fundación de una orden religiosa sin un cofundador masculino. Ella se apoyó en la ayuda de Dios y en la dirección de sus directores espirituales, no permitiendo que el rechazo que ella experimentaba la disuadiera. Ella continúa:

Aquellos quienes me han rechazado porque yo quiero extender la gloria de Jesús no saben que tú has venido a encontrarme, diciéndome amorosamente, “¿Tú crees en el Hijo del Hombre?” (Jn 9:35)

Si Jeanne estuviera hablando hoy día, ella podría decir, aquí, “No es de mí. Es de Dios.” Su fe en Dios es lo que la sostiene en cada tribulación. Aquí es a donde su experiencia se aparta con la del hombre ciego de nacimiento. Ella conoce a Jesús. Ella esta constantemente consiente de su presencia, y cuando le llama, ella responde con fe:

No te respondo, “¿Y quién es, Señor, para que crea en él?” (Jn 9:36). Yo te veo presente con una presencia amorosa y te adoro con todas las adoraciones. Yo creo firmemente en ti, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, nacido antes de todas las edades, y emanar eternamente de la substancia de tu divino Padre, que por amor ha venido a tomar cuerpo en el vientre de la Virgen, tu santa Madre, haciéndote humano para habitar con nosotros, y para hacer conocer el amor excesivo con el cual tu Padre divino tiene para todos los humanos.

Jeanne hace eco las palabras del credo, citando en francés, aunque ella lo tendría que recitar en latín. Ella guarda el texto del credo excepto en la expresión, *consubstantialem Patri* (consubstancial con el Padre), que ella explica a Jesús emanando eternamente de la substancia del Padre. Después explica sobre la declaración de fe: todo lo que Dios hace, Creación, Encarnación, presencia entre nosotros, es hecho de un amor sobreabundante. Por esto no hay ninguna oposición, rechazo, o incredibilidad que le pueda causar a perder su dirección en lo más importante de su vida – que Dios la ama y la llama a amar a los demás.

Esta Cuaresma, y a través de nuestras vidas, cada tribulación que experimentamos se hace para nosotros una oportunidad para ver a Dios en un lugar inesperado, para permitir que Jesús nos sane de nuestra ceguera, y permitirnos a enamorarnos aún más profundamente de Dios.

